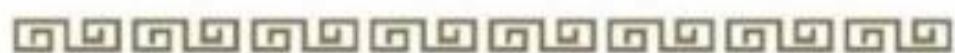


GERMÁN MOLDES



ROMA

UN DÍA HACE

2000

AÑOS

UN PASEO POR LOS BARRIOS, LAS MODAS,
EL SEXO, LA COMIDA, LA VIDA Y LA MUERTE.
EL IMPERIO EN TODA SU GLORIA. Y SU MISERIA.

Olviden todo lo que creen saber. Olviden lo que vieron en series de Netflix o en películas épicas.

Germán Moldes lleva al extremo su obsesivo amor por Roma para contar el siglo I de la era cristiana a la altura de la calle, junto al ciudadano que vivía, gozaba, penaba y moría en una ciudad monumental. La vida cotidiana de la Roma de hace dos mil años deja de lado a emperadores y batallas y hace foco en cuestiones acaso más prosaicas, pero sin duda mucho más divertidas, con alto potencial chismoso. ¿Cómo se bañaban los romanos? ¿Qué ropa interior usaban? ¿Qué comían y cómo se embriagaban? ¿Olían bien o mal? ¿Cuáles eran los límites del deseo?

*A Roma que, al decir de Cervantes,
«reina es de ciudades y señora del mundo»*

— Prólogo —

En el umbral de un paseo memorable

por **Santiago Kovadloff**

A la estirpe de los inspirados historiadores de la vida cotidiana —entre otros, el italiano Carlo Guinzburg, la inglesa Eileen Power y los franceses Philippe Ariès, Georges Duby y Pierre Grimal— se suma a su modo Germán Moldes con su *Roma, un día hace 2000 años*. Todos ellos han sabido jerarquizar algo esencial. Ya no los hechos decisivos de orden político, económico, militar o ideológico que trazaron el rumbo de tantas naciones, sino la cercanía, el parentesco diría, entre las vidas de los hombres y mujeres de ayer y las de hoy, más allá de sus obvias diferencias.

La historia que a todos ellos les ha importado resaltar es la historia en apariencia menuda, la orientada a explorar un territorio hasta no hace mucho desdeñado por la investigación histórica. Ella posibilita, por lo demás, dar cumplimiento a una de las fantasías más intensas de nuestra especie: habitar otros tiempos sin abandonar el nuestro y sin dejar de ser quienes somos.

Germán Moldes se propuso reconstruir, para nuestro deleite, un escenario urbano —el de una Roma dos veces milenaria— en lo que tiene de más cotidiano. Y hay que decir que supo lograrlo. Haremos, dice, «un paseíto que

nos lleve por los foros y los templos de aquella Roma fastuosa e imponente pero también por los suburbios y parajes más hediondos y miserables: los que no aparecen en los libros de la historia grande ni en las películas de los romanos que vemos por Netflix».

Ese «paseíto» se despliega con abundancia de detalles y abarca dieciocho capítulos. Como un caleidoscopio, va rehaciendo el paisaje que oferta y situándonos en escenarios cambiantes que se hilvanan unos con otros y configurando en conjunto el retrato cautivante de una remota cotidianeidad que, sin embargo, resulta cercana en muchos aspectos: la de los romanos «de a pie» que vivieron veinte siglos atrás.

Calles, casas y mercados, hipódromos y anfiteatros, deportistas célebres, peluqueros afamados y gladiadores, prácticas sexuales, hábitos de higiene, ropa, bondades, crueldades, túnicas femeninas y joyas: todo esto va irrumpiendo ante nosotros en el relato entusiasta de Germán Moldes.

Si bien la tarea del autor es primordialmente descriptiva –y en ello reside, en buena medida, el hechizo de estas páginas–, su voz hilvana con acentos y acotaciones muy personales el tránsito de un cuadro a otro. Es que Germán Moldes obra también como un hábil comentarista.

Puesto que del antiguo mundo romano se trata, son igualmente oportunas sus transcripciones del latín. Cada uno de los términos o locuciones por él traducidos infunden un colorido especial a sus equivalentes castellanos y revelan etimologías cautivantes. Así es como nos enteramos con qué palabras se designaban en la época un recipiente para orinar, los diferentes tipos de calzados, un corpiño y una lanza y cómo se llamaba a los esclavos.

El tono coloquial que Moldes supo imprimir a su libro está, como yo decía, entre sus más gratos atributos. Un hombre nos habla en él y la cálida hospitalidad con que lo hace se hace oír, nos envuelve, nos abre un mundo. ¡Mu-

chísimo saber pero ni un solo indicio de ostentación erudita!

Germán Moldes narra en suma con indeclinable amenidad y transforma la información histórica de la que tanto dispone en escenas y figuras discernibles, por momentos audibles y palpables.

Es indudable que el entusiasmo del autor por aquello que nos cuenta nos contagia línea a línea. Y si bien es cierto que se trata de alguien que ya sabe de qué habla aún antes de escribir, no menos lo es que redescubre con emoción, a medida que lo narra, todo lo que sabe y nos dice. Y lo transmite. Y nos entusiasma. Es así como, en su compañía, resulta posible recorrer una infinidad de matices de ese día en la Roma de hace dos mil años.

¿Quién no deseó hacerlo alguna vez? ¿Quién no anheló dar un paso atrás en el tiempo y aparecer allí donde la vida hoy nos resulta remota, inalcanzable y solo conjetural por obra de los muchos siglos que ya la sepultaron? ¿Quién, entrecerrando sus ojos ávido de ensueño, no ha querido alguna vez caminar entre los hombres y mujeres de ese entonces, escuchar sus voces, observarlos gesticular, estremecerse sabiéndolos tan presentes en ese instante imaginario, efímero y prodigioso a la vez en que nos encontramos con ellos por única vez?

Insisto: Germán Moldes no nos habla, ante todo ni principalmente, de la Roma monumental, majestuosa y arrasadora que conquistó el mundo antiguo. Nos habla de esta otra Roma, carnal, prosaica si se quiere, rutinaria y fascinante a la vez. Esa Roma donde la Historia con mayúscula se repliega para hacerle lugar a la *petite histoire*, a la historia de los gestos mínimos, usuales, a la familiaridad y al pensamiento convencional; la Roma de los problemas diarios, de las voces y los gritos que llenaban las plazas, de los pasos presurosos por las calles estrechas, del galope de un caballo y el estruendo de un carro al pasar. La

Roma, en suma, de los íntimos sonidos de una casa y el resplandor de una fuente en un jardín.

Para terminar y dejar al lector en las manos mágicas de este libro, cometeré la osadía de profanar un verso memorable de Quevedo y decir de la antigua Roma y con gratitud hacia Germán Moldes: ¡polvo eres pero polvo que enamora!

Buenos Aires, septiembre de 2019

Una breve advertencia para que nos ubiquemos

A lo largo de los más de mil años que van desde la legendaria fundación de Roma por Rómulo y Remo en el 752 a. C. hasta la caída del último emperador romano de Occidente, Rómulo Augústulo en 453 d. C., es evidente que las costumbres, las condiciones de vida, la moral media, las posibilidades económicas y la composición de las clases sociales romanas sufrieron enormes variaciones y sería imposible abarcarlas a todas. Adelanto entonces que vamos a concentrar nuestra atención en el primer siglo de la era cristiana –digamos que entre los reinados de Augusto y Trajano– y allí haremos el esfuerzo de enfocar la lente a pesar de las irremediables distorsiones del tiempo y las múltiples versiones, a veces contradictorias, de cronistas e historiadores, para formarnos una idea de las principales variables de la vida privada de la gente en la ciudad de Roma durante ese período.

Y es que aquí no vamos a examinar la actuación de los hombres públicos, las acciones militares de los generales, las estrategias de las grandes batallas, los discursos de los cónsules, las obras de los ediles, el heroísmo de los legionarios, la severidad de las leyes o el dramatismo de las invasiones. Todo eso nos lo vienen contando desde los pri-

meros cursos de la educación secundaria y a muchos de nosotros nos picó de tal modo el bichito del interés personal que a lo largo de toda la vida hemos tratado de ampliar esos conocimientos con lecturas de clásicos, con el cine, con series y programas documentales, culturales e informativos y, más recientemente, con novelas históricas, aun cuando la calidad de algunas de ellas sea bastante discutible.

En mi caso aquel interés de adolescente estalló como un volcán en la edad adulta, cuando Roma entró de lleno en mi vida y tuve la enorme fortuna de vivir allí algunos de mis momentos más felices. Cuando me enamoré de ella sin retorno y dediqué todas las horas posibles de mis días romanos a escudriñar cada uno de sus rincones y rebuscar en cada trozo de mármol, cada tronco de columna, cada ruina, cada pórtico y cada estatua los rastros concretos y palpables de aquel pasado de gloria.

Sin embargo hoy, por variar, nos vamos a dedicar a otra cosa: lo que aquí nos interesa es meternos un poco en la vida diaria de aquellos romanos pecando –es inevitable– de una pizca de indiscreción y chismorrería pero, a quién no se le ocurrió preguntarse alguna vez por el valor de la amistad entre ellos, sus amores, por sus comidas, sus entretenimientos, los juegos de los niños, las costumbres cotidianas del hombre y la mujer del pueblo en esa primera centuria de la Roma imperial. Quién, ante el relato de tanta hazaña, de tanta victoria, de tanta grandeza no se sintió intrigado por interrogantes algo más prosaicos: ¿dónde hacían sus necesidades los romanos?, ¿cómo se limpiaban?, ¿qué ropa interior usaban?, ¿cómo la lavaban?, ¿qué comían?, ¿qué bebían?, ¿cómo se bañaban?, ¿a qué olían?, ¿cómo se peinaban?, ¿cómo hacían el amor?

Lo que se propone en las páginas que siguen, en síntesis, no es más que dar un paseíto de unas horas que nos lleve por las calles, los foros y los templos de aquella Ro-

ma fastuosa e imponente pero también por los suburbios y parajes de sus arrabales más hediondos y miserables: los que no aparecen en los libros de la historia grande ni en las sagas de romanos que vemos por Netflix.

A procurar algún tipo de respuesta a aquellas y otras preguntas que, por supuesto no a todo el mundo interesarán, se endereza este opúsculo para el cual me atrevo a pedir un poco de benignidad y condescendencia de parte del lector.



La estética, el ocio, la vestimenta y el peinado

Lo primero que debemos alistar para el paseo es nuestro natural y humano sentido de la coquetería –aunque muchos creamos que no lo tenemos– y potenciar la autoestima. Muy importante todo aquello que tenga que ver con la propia estética, que era entonces un bien tanto o más valorado que la salud. Romanos y romanas tenían en gran consideración el aspecto exterior: las mujeres se obsesionaban por tener la piel blanquísima, la empalidecían con comino y la suavizaban con semillas de lino, creían que bebiendo en ayunas un brebaje a base de raíces de cardo combatirían el olor de la sudoración de las axilas, mientras que para destacar la blancura de los dientes y mejorar el aliento hacían buches y gárgaras de un linimento que contenía sal, miel y cebada junto a un montón de otras fórmulas de efectividad hoy dudosa, pero que nos están diciendo que una presencia física agradable no les era en modo alguno indiferente.

Los hombres, por su parte, padecían otra obsesión: la calvicie. Consideraban la melena como el más bello de los ornamentos y por eso ser pelado o tener poco cabello constituía una verdadera desgracia. Para frenar el avance de la calvicie o recuperar el cabello se untaban el cuero

cabelludo con un repugnante emplasto que incluía vino, azafrán, pimienta, vinagre y excremento de ratón. Ese campeón de la presunción y la inmodestia que fue César lo solucionó recurriendo a habilidosos postizos que sostenía con una corona de hiedra o de laurel ganada con las gloriosas victorias. Calígula, otro calvo precoz, prohibió que nadie se asomase a las ventanas cuando él pasaba por debajo porque desde las alturas su cráneo, devastado por la alopecia, disminuía su imperial majestuosidad.

En materia de ocio y entretenimiento ya veremos más adelante que las carreras eran, lejos, el espectáculo preferido y también objeto de vivaces discusiones que frecuentemente degeneraban en tumultos y alborotos. Los *aurigas* –utilizaremos este término en lugar de «cocheros» o «jockeys» porque es más preciso– tenían *barras* de fans que les tributaban toda clase de honores cuando ganaban y los cubrían de insultos cuando perdían. En Roma eran popularísimos y muchos ciudadanos tenían en su casa su retrato en mosaicos; algunos de ellos inclusive llegaron a ser inmortalizados en monumentos, mientras que otros acumularon inmensas riquezas y vivieron como príncipes.

Si el de las carreras del Circo era el entretenimiento más popular, el teatro era el más refinado. Los pobres no lo frecuentaban tanto como los ricos, pero ciertos espectáculos reunían público de todas las clases sociales, suscitando entusiasmos. En materia edilicia los romanos no inventaron prácticamente nada en el ámbito del teatro porque en general los teatros romanos reproducían los modelos helenísticos: el escenario, la orquesta, los asientos degradantes y en forma de medialuna. Las ligeras variantes podrían resumirse en que la orquesta –del griego *orchestrai*, «bailar»– no miraba hacia el coro sino hacia el público y el telón, ausente en Grecia, no caía desde lo alto sino que se izaba de abajo arriba y solo al final del último acto. Al igual que en los anfiteatros, donde se enfrentaban los gladiadores, amplios toldos reparaban a los especta-

dores de los rayos del sol, pues los teatros eran descubiertos y las funciones, diurnas.

Pero esas funciones duraban muchas horas y por eso los espectadores se llevaban de comer o compraban comidas y bebidas en los despachos anexos al teatro o a los vendedores ambulantes que circulaban por las graderías. Su comportamiento durante la representación era tremendamente incorrecto: si se escuchaba un «gallo» de algún cantor del coro, si había un tartamudeo, una vacilación o un error en el recitado de un actor o se producía un tropiezo o un paso en falso de un mimo estallaban las burlas, los gritos y los silbidos que transformaban la platea en un infierno.

Pero las grandes estrellas disfrutaban de otro estatus: los actores conocidos se comportaban como verdaderos *sex symbols* y arrastraban al teatro legiones de admiradoras que certificaban su éxito con el bello sexo. La lengua siempre un poco ponzoñosa de Juvenal nos comenta que «mientras el afeminado Batillo está en escena bailando la "Leda", Tuccia se orina encima de la emoción y Apulla gime como debe hacerlo durante el sexo... cuando el teatro cierra y en el foro va quedando poca gente, otras señoras recogen con gesto melancólico la máscara, el bastón de sátiro y hasta las prendas interiores (*subligacula*) de Accio...»^[1]. Con este material podría hacerse hoy en día un magnífico programa de chimentos en las tardes de nuestra TV.

El teatro ofrecía a las damas de la alta sociedad la ocasión de lucir lo mejor de su guardarropa, cuya pieza principal era la *stola*, vestido largo hasta el suelo ajustado al talle con un cinturón. Sobre él vestían una amplia capa que en invierno sustituían por un abrigo de piel. Debajo llevaban una camisa y aún debajo de esta un corpiño (*strophium*). Este corpiño era en realidad una faja con la que la romana se apretaba al máximo los pechos para que se le notaran lo menos posible, porque unos senos generosos

no estaban bien vistos desde el punto de vista de la elegancia. Los zapatos eran de cuero o de paño, sumamente trabajados y con tacos más o menos altos según la estatura de la dama en cuestión; eso sí, tenían que ser apretadísimos hasta el martirio porque se esperaba de la mujer que tuviera los pies pequeños.

Y aun cuando ese vestido debía ser largo hasta los pies no convenía que se extendiera demasiado porque siempre había algún gavilán dispuesto a demostrar su galantería con intenciones dudosas, tal como lo recomienda Ovidio en *Arte de amar*: «... cuando la falda de ella cuelga demasiado y se arrastra por el suelo tú tómala y levántala con cuidado del fango de la calle. ¡Qué recompensa a tus ojos se presentará al instante sin que la joven pueda evitarlo!: el espectáculo de sus piernas»^[2].

Los peinados eran monumentales, complementados con postizos y embellecidos con cintas doradas, hebillas y agujones. De las orejas pendían aros y pendientes de elaborada factura y del cuello collares, cadenas, medallones y camafeos costosísimos. Lollia Paolina, mujer de Calígula, lucía joyas de cuarenta millones de sestercios y como pauta de comparación digamos que una entrada a las termas costaba un *quadrans*, es decir un cuarto de sestercio.

La joyería tiene una gran importancia en el mundo romano. Los llamados *ornamenta* o productos de embellecimiento personal –peines, agujas de pelo, pendientes, anillos, collares, recipientes para el perfume en hueso, marfil, bronce, cerámica– son utilizados por todas las clases sociales romanas. El peinado y las joyas para el pelo eran exponentes de la posición social, especialmente en la mujer; cuanto más complicados o llamativos, indicaban un mayor nivel social.

En la antigua Roma encontramos ya el anillo como elemento de unión de la pareja, precursor de la actual sortija de compromiso. Fue, en un principio, un sencillo aro de hierro y en la antigua tradición romana se entregaba como

símbolo del ciclo de la vida y de la eternidad. Constituía una promesa pública de que el contrato matrimonial entre un hombre y una mujer sería respetado en el transcurso del tiempo. En la época de Plinio el anillo se fabricaba de hierro; el de oro fue introducido más tarde, en el siglo II d. C., y los cristianos adoptaron la costumbre romana convirtiendo al anillo en una parte de la ceremonia matrimonial.

A las diversas cajitas de uso cosmético y frascos destinados a aceites y perfumes sumaba la mujer en su ajuar personal los estuches en los que guardaba sus joyas y por supuesto los espejos, que se hacían en bronce bien pulimentado por una cara mientras que la otra solía estar decorada con figuras.

¿También se depilaban? Claro que sí. Para eso tanto varones como mujeres usaban ceniza caliente de cáscara de nuez. Al mismo tiempo el rasurado del vello y el arreglo de pies y uñas eran habituales y practicados por todos.

Una joven vierte cuidadosamente perfume en una ampolla (Museo Nacional Romano).

Los perfumes. El propio origen de la palabra proviene del latín, *perfumum*, y ya nos está indicando su volatilidad: olor «por medio del humo», ya que en su origen los aromas para perfumar el ambiente se obtenían quemando resinas, raíces y maderas olorosas. Una presencia correcta exige, entre otras cosas, no oler mal; los satíricos –tendremos repetidas ocasiones de hablar de ellos– han usado y abusado de este tópico en sus poemas y epigramas para mostrarse especialmente sensibles a las apariencias y los olores. Por eso, si bien fustigaban despiadadamente con sus versos los malos olores y la halitosis, no ahorraban críticas a los que hacían un uso excesivo de esencias aromáticas y perfumadas: pomadas, ungüentos, tintes o bálsa-